

Laberinto minado

La verdad de la época y el programa de la crítica

LUIS MEANA

Según O. Marquard, "los comandos de voladura son parte de las retiradas". Tal es, también, el sentido de los fragmentos: minúsculos cuerpos explosivos de retirada. Moderno, dice Baudelaire, es "le transitoire, le fugitif, le contingent". Según la filosofía se iba llenando de fragmentos, más claro quedaba el hecho de la retirada. Es decir, la crisis. Con Simmel la filosofía parece un territorio minado. A partir de aquí hay que elegir entre una Penélope que teje lo que siempre acaba rasgándose —al estilo del tejedor Weber— o ser comando desesperado. Pero al siglo ya no hay manera de borrarle la crisis de la cara. Con la particularidad de que en el laberinto de la modernidad a los atletas filosóficos dispuestos a superar la "crisis de las ciencias modernas" —estilo Husserl— les pasa lo que a esos corredores agotados: que dan un salto atrás cada vez que quieren dar un paso adelante.

Como es bien sabido, es más bien raro que el concepto de crisis salga a la calle sin ir acompañado por el de crítica. De lo que hay estudios en abundancia. La fusión se ha reforzado, sin embargo, en la era que Benjamin llamó "infernol". La suposición subyacente es que hay crisis de sociedad porque hay crisis de pensamiento, y que sólo habrá salvación social si hay previamente salvación intelectual. Varios intentos de ponerle puertas al campo, es decir, de salir de la crisis y cerrar la posibilidad de su vuelta, usan como palanca la idea de crítica. De ella se espera, como mínimo, una función de bloqueo: que impida, al menos, que la crisis alcance el núcleo del laberinto. Es lo que alguien, con la inevitable cursilería popperiana, llamó un cinturón protector. La labor no se agota, sin embargo, en el bloqueo. De la crítica se espera salvación. Si la arquitectura es, según Benjamin, el rostro en el que leer las mitologías de una época, los monumentos de la arquitectura intelectual hablarán tanto como la mismísima piedra. Tres, por lo menos, de esos monumentos arquitectónicos llevan inscrita la idea de crítica en sus banderas: la famosa "teoría crítica" de los frankfurtianos, el famoso "racionalismo crítico" del señor Popper, y las teorías crítico-históricas de Benjamin, quien no en vano empezó su marcha filosófica con una tesis doctoral acerca de la crítica romántica.

Del concepto de crítica de Popper habría mucho que hablar. El poco sitio sólo permite dos adaptaciones alegóricas. De Benjamin sale la primera. Asimetrías al margen, supuesto antidogmatismo al margen, digase lo que se quiera, la falsación es un programa arquitectónico. Lo que Popper, de verdad, cons-

truye es una teología política en la que la ciencia viene a ser algo así como la *capital del siglo XIX* en el orden del saber. El París de Hausmann ofrece la analogía correcta para entender esa teología política: el ideal *urbanístico* de Popper para la ciencia es el ideal *urbanístico* que Benjamin atribuye a Hausmann. Grandes avenidas largas y anchas, flanqueadas por la apoteosis: grandes teorías y los más grandes hechos, a los que se les habrá castrado a conveniencia con antelación. Detrás de eso está hacer tan imposible las barricadas en la ciencia como en las calles. Lo pequeño, lo sucio, lo asistemático es desterrado al arrabal de la *sociología*. Falsación y fuera. La ciencia, como la ciudad, pasa de *casa a boulevard*. Es decir, Popper enajena la ciencia a sus destinatarios lo mismo que Hausmann enajenó París a sus ciudadanos. Para convertirla en salón de la gran burguesía. La analogía lleva a la misma conclusión que el análisis: estamos ante una *Epistemología para la gran burguesía*. Money, money.

La zorra y las gallinas

El segundo problema es de otro género. La *neutralización* de la ciencia como árbitro neutral equivale a poner a la zorra de guardián de las gallinas. Cosa que Popper sabría si se hubiera fijado bien en Weber, pero tampoco. El resultado al que lleva eso ya lo adelantó C. Schmitt con la experiencia de Hitler, que es contra la que, en definitiva, levanta Popper su "ideal urbanístico" de asepsia: que, más tarde o más temprano, "la puerta de la legalidad, por la que se había entrado, es posible cerrarla de forma legal tras el paso". Es decir, que la mucha leña y neutralidad significa programáticamente esto: "neutralidad hasta el suicidio". O hasta la irrelevancia. Que es, en todos los órdenes, lo que le pasa a Popper.

También Benjamin se entiende explícita y eminentemente como crítico, literario e histórico-filosófico. "Le but que je m'étais proposé... c'est d'être considéré comme le premier critique de la littérature allemande...". La crítica se eleva en él, como en Schlegel o Novalis, a máximo instrumento cognoscitivo. En Benjamin, sin embargo, la intención crítica se basa en una epistemología del *escombros* en la que el epistemólogo es un *Lumpensammler*, un *chiffonnier* especialista en *basuras*: la crítica, literaria o histórica, desmenuza la época analizando *desechos*, el *Abfall* sin importancia. De ese *Miniaturwelt* extrae la verdad y fantasmagorías de la época. Ese propósito crítico tiene dos fases: una *aurática* y otra materialista-dialéctica. La crítica *aurática* está ahí



Fragmento de *El mundo literario*. Ernst Rowohlt y Benjamin. Caricatura de Dolbin, 1926.

para completar la verdad de la obra. Es ella misma arte que transpone lo bello en lo verdadero. Su función consiste en *mortificar* a la obra con el fin de extraer de ella lo que tenga digno de saberse, transponiéndolo del medio de la belleza al de la verdad. Por el influjo de Brecht y Lukacs, y los acontecimientos políticos del momento, la crítica cambia de función: de contemplación aurática se transfigura en algo funcional al cambio político. En *La técnica del crítico en 13 tesis* nace "el crítico como estratega en la batalla literaria". No se trata ya de análisis esotéricos, ni de comunicación de novedades y juicios de valor, sino de presentar una teoría actual de la inteligencia literaria y su función social. Destapar *los conceptos del cenáculo*, es decir, los lenguajes de los círculos literarios como expresión de intereses sociales. La vieja tesis del exquisito Raddatz y del literariamente

□ El 'chiffonnier' Benjamin no quiere estar al tanto de todo lo importante, quiere, en unos pocos ensayos, extraer la verdad de la época

voluptuoso Reich-Ranicki sobre la nula calidad de Benjamin como crítico literario desatiende el núcleo programático: "La crítica busca el contenido de verdad de una obra de arte, el comentario, su contenido temático". El *chiffonnier* Benjamin no quiere estar al tanto de todo lo importante, quiere, en unos pocos ensayos, extraer la verdad de la época.

Como ya señaló el viejo análisis de Habermas, con reparos de Tiedemann, a nivel más filosófico el problema está en que desde esa concepción *salvífica* tan antievolucionista de la crítica probablemente no es posible pasar a la praxis política. La conversión a una concepción dialéctica-materialista tampoco resuelve el problema, pues esa dialéctica resulta como un capuchón superpuesto sobre la idea *salvífica* de la crítica. Como intuyó o conjeturó Scholem, mesianismo-misticismo judío y materialismo histórico no compatibilizan. Pero la incapacidad trasluce también un reto estimulante: la crítica no queda reducida ahí, como en el mencionado, al mero "placer innovador de los sádicos" sino que es "pasión heroica". La que el crítico siente por la crítica: a la que se acerca "con el cariño con el que el caníbal se adereza a un lactante".

Luis Meana es profesor de Filosofía en la República Federal de Alemania.

cambió La diferencia.

HAY CRISIS, SR. PRESIDENTE

Arde el Gobierno, pero Felipe González no quiere enterarse. Solchaga se declara incompatible con Alfonso Guerra, y la mitad de los ministros pugna por acaparar más poder.

- Militares y políticos piden un referéndum sobre la mili.
- Un bunker antiatómico en el subsuelo de Madrid para seguir la guerra del Golfo.
- Puerto Hurraco, el padre de las niñas asesinadas denuncia: «Los locos no matan por la espalda, sólo los cobardes».
- Colin Powell, un general superduro para acabar con Husein.

Y también: Todo lo que hay que ver en la oferta cultural de otoño.

Entrevistas: Lucho Gatica: «La gente ama el bolero porque se cansó de bailar separado».
Narciso Ibáñez Serrador: «En televisión falta un culebrón de suspense».

